



Cubrimiento y ruptura, educación y filosofía. Esbozo de la idea de América de Humberto Giannini

CRISTÓBAL FRIZ

Licenciado en Filosofía, Universidad Alberto Hurtado
Doctorando en Estudios Americanos, Universidad de Santiago de Chile
cristobalfriz@gmail.com

Resumen

El artículo presenta un “esbozo” de la idea de América de Humberto Giannini. Dicho esbozo recorre cuatro momentos principales. El primer momento versa sobre el “cubrimiento” de América por los conquistadores europeos. Éstos, en vez de encontrarse y descubrir el continente americano con sus notas específicas, lo cubren, imponiéndole sus categorías, su voluntad de poder y su proyecto histórico. En el segundo, revisamos las consecuencias que, según Giannini, tiene el cubrimiento de América en la actualidad: la dificultad de que nuestras sociedades se tornen “históricas y reflexivas”. A esto se alude con la imagen de la “ruptura”. Ya en una perspectiva propositiva, el tercer momento se ocupa de la apuesta de Giannini por el papel de la educación y de las instituciones educacionales, como las instancias propicias para hacer frente al cubrimiento y la ruptura. El cuarto y último momento, se detiene en las consideraciones del autor sobre la posibilidad de una filosofía en América Latina. Esta cuestión –de acuerdo con la idea de filosofía defendida por Giannini, como actividad altamente reflexiva– guarda relación directa con la posibilidad de que nuestras sociedades conquisten el carácter histórico y reflexivo que requieren.

Palabras clave: América, cubrimiento, ruptura, educación, filosofía.

Abstract

This article is a “shape” on Humberto Giannini idea about America. The article emphasizes four principal stages. The first stage is about the America’s “coverage” by the european conquerors. The conquerors, instead of discovering and becoming aware of the american continent’s own features, “covered” it by imposing their own categories, their historical project and their will to power. In the second stage, we review the consequences that at present, according to Giannini, result from the covering of America: the difficulty for our societies to be “historical and reflective”. This is mentioned as the “rupture” image. In a purposive perspective, the third stage is about Giannini’s proposal about a role for education and educational institutions as adequate instruments to address coverage and rupture. In the fourth and final stage, we review the author’s considerations about the possibility of a philosophy in Latin America. This question -according to Giannini’s idea of philosophy as a highly reflective activity- is directly related to the possibility that our societies can conquer the historic and reflective character that they require.

Key words: America, coverage, rupture, education, philosophy.

Cubrimiento y ruptura, educación y filosofía. Esbozo de la idea de América de Humberto Giannini

CRISTÓBAL FRIZ

*El gesto fundacional se prolonga por la historia americana
como un ritual, casi como un automatismo:
la obsesión de estos pueblos de empezar cada cierto tiempo
de cero, todo da capo; en política, en educación, en economía;
la obsesión de lo discontinuo y de no dejar rastros tras sí,
como si sólo a través de la destrucción pudiera construirse algo.
Un antiplatonismo natural. Diríamos, el olvido como técnica para
avanzar. El horror al pasado.*

Humberto Giannini

Acaso el pensamiento de Humberto Giannini sea como un árbol frondoso: un pensamiento abundante en ramificaciones y en hojas. Como tales, éstas adquieren su pleno sentido en cuanto relacionadas a un tronco común, a un núcleo que se fortalece y renueva por la

acción de sus extremidades. Sobre la naturaleza de este tronco principal, Jorge Acevedo ha afirmado que el tema central de Giannini es la experiencia común¹. Por su parte, el mismo Giannini, en la entrevista que le hiciera Iván Jaksic en 1985, lo ha identificado con el de la convivencia humana.²

Sea cual sea dicho tronco, el presente artículo se detiene en una de sus ramificaciones, en una de sus aristas, la cual –me parece– nos puede ayudar a apropiarnos más comprensivamente de aquél. Por ser una ramificación, una de entre tantas, he optado por hablar del ‘esbozo de la idea de América de Humberto Giannini’. Esbozo, porque no encontramos en Giannini un tratamiento detenido ni sistemático del tema. La preocupación por nuestro continente aparece como suelta, como repartida en y entre las otras preocupaciones del autor. Esbozo, entonces, porque este artículo no aspira sino a dar unos pequeños trazos iniciales sobre la cuestión propuesta, trazos que acaso deban ser coloreados en alguna instancia futura, con más detención de la vertida aquí.

Como se verá, el presente esbozo de la idea de América de nuestro filósofo, recorre cuatro momentos principales. Los dos primeros constituyen el diagnóstico de Giannini sobre América. Los dos últimos, las propuestas para hacer frente a lo diagnosticado.

El primero muestra cómo América, más que ‘encontrada’ y ‘descubierta’ por el europeo, fue cubierta por éste. El segundo, más específico que el primero y que es su consecuencia presente, refiere a cómo dicho cubrimiento ha quedado instalado en nuestra realidad continental, imposibilitando o dificultando que nuestras sociedades devengan sociedades históricas y reflexivas. Esto hace que nuestra experiencia del tiempo se dibuje como ruptura constante respecto del pasado y de la tradición.

En el tercero, revisaré brevemente la idea –la propuesta, la apuesta– de que la educación y las instituciones educacionales son las instancias idóneas para encarar y enfrentar la constante ruptura, instalada como sello permanente de nuestra realidad

¹ Acevedo, Jorge, “Una aproximación al pensamiento de Humberto Giannini”, p. 27. *Revista Chilena de Humanidades*, nº 10, 1988, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1988, pp. 23-37.

² Jaksic, Iván, “Humberto Giannini”, “La vocación filosófica en Chile. Entrevistas a Juan Rivano, Humberto Giannini, Gastón Gómez Lasa y Juan de Dios Vial Larrain”, p. 139. *Anales de la Universidad de Chile*, Sexta Serie, nº 3, Santiago, septiembre 1996, pp. 129-141.

americana. El cuarto momento está dedicado a revisar someramente las reflexiones del autor sobre la posibilidad de una filosofía en Latinoamérica. La cuestión es abordada a la luz de la problemática general rastreada: en la alternativa de hacer o no filosofía, radicaría una de las condiciones de posibilidad de que las nuestras devengan sociedades históricas y reflexivas.

1. El cubrimiento de América

El cubrir supone la presencia y conjunción de varios elementos, entre los cuales es pertinente destacar los siguientes. En primer lugar, el 'algo' que queda cubierto, velado, inasequible a nuestra consideración directa. En segundo lugar, otro 'algo' que cubre, que estando ante nuestra mirada, nos imposibilita ver lo que ha quedado cubierto. En tercer lugar, está el agente cubridor, quien, deliberadamente o no, al cubrir aparta de nuestra atención lo que ha quedado cubierto, dejándonos únicamente la experiencia de lo cubierto, o del cubrir (del cubrir como gesto).

Considerado lo anterior, es evidente que el que América haya sido y sea aún una realidad cubierta, sólo se entiende en vistas de lo que la ha cubierto y del sujeto que ha realizado el cubrimiento. Así, el primer paso para entender cómo y en qué sentido América ha sido cubierta, es revisar el momento en el que ésta es supuestamente 'descubierta' por el mundo europeo. Hemos de comenzar, por lo tanto, centrando nuestra atención en el sujeto cubridor, considerando el momento histórico en que, al 'toparse' con nuestro continente, lo cubre.

En una obra que recoge la opinión de varios intelectuales chilenos sobre la relación de Chile y América Latina con la cultura occidental, se plantea, entre otras, la

siguiente pregunta: “¿En qué consiste la cultura occidental y cuáles son sus rasgos fundamentales?”.³ En su respuesta, Giannini llama la atención sobre lo equívoca que puede ser la cuestión, al menos planteada así, de un modo tan general. En primer lugar, porque lo que sea la cultura occidental, como cultura, es algo vivo, en constante movimiento y desarrollo. Asimismo, tal cultura no puede entenderse por sí misma, al modo de una mónada cerrada, sino que, desde sus orígenes, se define en relación a sus límites y fronteras, a lo que ella no es.⁴ Como lo explica el autor, el concepto de “mundo occidental” es “[...] un concepto posicional, relativo, asumido por una región del mundo, en cierto momento de su historia”.⁵

Son varios los elementos que cabe destacar en esta historia de constitución de Occidente: ingredientes de distinta índole –religiosos, políticos, culturales– como el cristianismo y su incorporación de la espiritualidad hebrea y judía, la asimilación de los grandes frutos de las civilizaciones helénica y romana, las relaciones con el Oriente, entre otros. Ante esta gran gama de elementos, Giannini afirma que “[...] podría decirse que sólo a partir del descubrimiento de América o del descubrimiento del Yo –ambos hechos tienen mucho en común–, Occidente terminará de configurarse como una realidad geográfico-espiritual: como la *trayectoria* espacial de *un proyecto* de ser, de una intención histórica”.⁶

¿Por qué el ‘des-cubrimiento’ de América, el que Europa se haya encontrado “[...] con América, así, por azar, camino de las Indias”⁷, sería según el filósofo uno de los momentos decisivos en la configuración de Occidente como proyecto? Para no malentender la cuestión, no debemos pasar por alto el carácter fortuito o azaroso (ese “por azar”) de América en dicha constitución. Sobre dicho carácter casual, Giannini ha afirmado: “[...] Tal vez pueda decirse –y a nosotros nos agrada decirlo– que la Edad Moderna se inicia con el Descubrimiento y Conquista de las tierras americanas. Es una manera de compartir el centro de la historia. Sin embargo, hay muchas razones para suponer que

³ Giannini, Humberto, “Humberto Giannini”, [Corresponde a las respuestas de H. Giannini a un cuestionario, también contestado por otros prominentes intelectuales chilenos], Capítulo I, Godoy Urzúa, Hernán (Coord.), *Chile en el ámbito de la cultura occidental*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Bancarios Guillermo Subercaseaux/Andrés Bello, 1987, pp. 42-48, 158-160, 209, 285-286.

⁴ *Ibid.*, p. 44.

⁵ *Ibid.*, p. 42.

⁶ *Ibid.*, p. 44.

⁷ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. 6ª edición, Santiago de Chile, Universitaria, 2004, p. 66.

⁸ Giannini, Humberto, “En el diálogo de las lenguas. Pensar desde el español”, p. 1045. *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*. CLXXXIV 734, Madrid, noviembre-diciembre 2008, pp. 1041-1046.

⁹ Giannini, Humberto, “Humberto Giannini”, p. 159.

¹⁰ *Ídem*.

¹¹ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 66. Sobre este asunto, J. Acevedo ha aclarado que, para Giannini, la imposición de Europa sobre los pueblos indígenas tendría, entre otras, una explicación metafísica: que esta imposición sólo se haría comprensible a la luz del “principio metafísico” de la voluntad de poder, el cual sería como el motor de la historia europea –el espíritu impositivo de la técnica moderna– que se encontraba ausente en la América precolumbina. Acevedo, Jorge, op. cit., p. 33.

¹² Conviene insistir en que esto no es más que un intento de respuesta, dado que el tratamiento de Giannini sobre la cuestión no es detenido. Esto se manifiesta, por ejemplo, en el poco tratamiento dado a la noción de voluntad de poder –concepto central en el pensamiento de Nietzsche–, pero sin hacer explícita la filiación o el distanciamiento respecto de la comprensión nietzscheana de la misma.

al menos para la mentalidad emprendedora y extrovertida del Emperador, no se trataba de un hecho tan crucial [...], sino de un hallazgo en el camino y de una fuente providencial de financiamiento imperial”⁸.

Lo que está pensando Giannini es que en el siglo XV, Occidente ya tiene incoado –esbozado al menos– un proyecto. Éste surge de la crisis o desgarramiento interno que ha venido experimentando la cultura occidental en diversos ámbitos. Por mencionar sólo un ejemplo entre varios posibles, cabe destacar el Renacimiento en Italia, como movimiento en el que la conciencia de crisis –y la necesidad de encontrar nuevos horizontes de sentido– se hace prístina. El Renacimiento, con su búsqueda de nuevos rumbos –desde lo arquitectónico hasta lo político– (búsqueda que toma a la antigüedad greco-romana como modelo) es, al tiempo que prueba de la riqueza del espíritu de la época, clara expresión de una profunda conciencia de crisis que lleva al espíritu hasta la tensión máxima de la creatividad.

“Una brisa refrescante recorre el viejo mundo, y Europa, enclaustrada, [...] en severo cuidado de sus tradiciones, un buen día se hace a la mar”.⁹ Cargada por este espíritu de aventura (de apertura a lo que advendrá), al ‘encontrarse’ con nuestro continente, da rienda suelta a la “voluntad de poder” del conquistador: a su disposición a refundar la historia –y a refundarse a sí mismo en ella– mediante una abierta ruptura respecto de la tradición.¹⁰ Como tan claramente lo ha expresado Giannini, “Europa descubre en América las condiciones ideales para fundar la historia, a lo divino: a partir de la nada”.¹¹

Por desgracia, nuestro filósofo no se detiene mayormente a explicar la relación entre el ‘encuentro’ del europeo con el mundo americano, y la entronización de la subjetividad (el descubrimiento del Yo). Por este motivo, sólo cabe hacer una conjetura al respecto, intentando amarrar de un modo apropiado los cabos que, queriéndolo o no, Giannini deja sueltos. Tratemos de esclarecer el sentido de dicha relación a luz de la noción de voluntad de poder.¹²

Sin entrar en la discusión historiográfica que un tratamiento detenido requeriría, podemos afirmar que la modernidad europea tiene su punto de arranque en el siglo XV, siglo de crisis para Europa. Dicha crisis la podemos rastrear aún a comienzos del siglo XVII, en la figura de René Descartes. Éste es testimonio fiel del desmoronamiento de la unidad de la verdad, cuya manifestación plena fuese la filosofía escolástica, con su intento de comprensión total e integral de las distintas esferas de la realidad (el esfuerzo de Santo Tomás, en el siglo XIII, en pos de la síntesis entre razón y fe, entre conocimiento natural y revelación divina, puede ser considerado uno de los intentos más tenaces a favor de la conservación de dicha unidad). Ante esta crisis, la actitud de Descartes es fuertemente propositiva, voluntarística: antes que arrojarse al pozo sin fondo de la nostalgia, el francés decide reconstruir el edificio del conocimiento desde sus mismos cimientos, con el fin de asegurar, desde el comienzo, la integridad de la obra. Para ello, habrá de partir de cero, desde un punto arquimédico. Dicho punto el filósofo lo encontrará en el ‘Yo pienso’, en la subjetividad y sus categorías, las cuales comparecen como juez último del ‘proceso’ de la realidad.¹³

Este anhelo de fundación de la realidad en un primer conocimiento indubitable, tiene como correlato el deseo del conquistador de refundar la historia y refundarse en ella desde un punto cero, desde un primer momento fundante, desde el que poder narrar la historia nuevamente. Para ello, nada mejor que ‘toparse’ –azarosamente quizás– con “una naturaleza ‘sin historia’”, con “una realidad ‘sin mundo’”¹⁴, como probablemente fuese la experiencia del conquistador al arribar a las tierras americanas. Sin embargo, sólo por intermedio de una predisposición anímica particular, es que dicho ‘toparse’ con los hombres y mujeres de nuestro continente, no fue un ‘toparse’ con un Otro al que el europeo otorgase su reconocimiento. Pues sólo por la acción de un espíritu ansioso, impositivo, es que todo un continente puede aparecer como el terreno fértil de fundación

¹³ El espíritu voluntarístico y el anhelo de emprender desde nuevos cimientos la construcción del edificio del conocimiento, es acaso una constante en el desarrollo del pensamiento europeo moderno. Además de Descartes, lo encontramos en autores como Kant y Husserl, por citar sólo un par de ejemplos. Supuesto que dicho espíritu en Descartes sea la respuesta afirmativa a una clara conciencia de crisis, ¿cabe afirmar que el pensamiento moderno europeo –o gran parte de él– es un pensamiento en constante crisis?

A propósito del anhelo de inaugurar el saber desde una verdad autoevidente, plenamente autónoma, Giannini comenta: “[...] Partir de la nada en el plano de las suposiciones –o en el plano que sea– es lo mismo que no partir en absoluto. Creemos a veces partir de la nada. Y lo creemos justamente en virtud de que nuestras creencias son como la tierra firme que sólo venimos a saber que nos afirma cuando nos falta debajo de los pies”. Giannini, Humberto, *El mito de la autenticidad*. Santiago de Chile, Universitaria, 1968, p. 17.

¹⁴ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 66.

de la historia del conquistador. Algo similar es observable en Descartes y, en general, en la filosofía y la ciencia natural modernas: no es sino por la imposición de un espíritu ávido de poder, el que la naturaleza toda comparece como *res extensa*, como materia carente de cualidades, sedienta de ser operacionalizada mediante la cuantificación y el cálculo racional, quedando a merced del dominio humano. Así, no parece descaminado afirmar que el punto de convergencia entre el ‘descubrimiento’ de América y la entronización de la razón, sea justamente la voluntad de poder del europeo: su voluntad de ser más, de imponerse a la realidad con el fin de dominarla, pasando por sobre todos los obstáculos que se impusieron a éste su deseo.¹⁵

Independiente de la pertinencia de esta conjetura –cuestión que no cabe zanjar acá–, lo claro es que “la joven América [...] no podía ofrecer nada nuevo, desde el momento en que fue el viejo mundo el que vino a instalarse en ella [...]”¹⁶, imponiendo su comprensión de la realidad, su credo, sus lenguas, sus costumbres, sus aparatos institucionales, etc. Así, aquel ‘encuentro’ de América por el hombre europeo fue, “más que un descubrimiento, una invención de sí. Y el drama de América –concluye Giannini– es haber quedado cubierta, quizá definitivamente, después de este descubrimiento”.¹⁷

2. La ruptura respecto de la tradición como constante de las sociedades latinoamericanas. La dificultad de que éstas devengan históricas y reflexivas

El constatar el cubrimiento de nuestro continente no tendría mayor importancia, si dicha constatación no guardase relación alguna con nuestros problemas actuales. Ello implicaría una suerte de revisión ‘desinteresada’ de nuestro pasado, como en un ejercicio ocioso del pensamiento, de espaldas a nuestra realidad presente.

¹⁵ Sobre el particular, son atingentes las reflexiones de Max Horkheimer y Theodor Adorno sobre la Ilustración. En lo que respecta a la entronización de la subjetividad moderna, han afirmado que ésta, reduciendo el mundo natural a una pura extensión sin diferencias ni cualidades, lo hace comparecer como la materia dócil para el cumplimiento de los proyectos humanos, para su sometimiento. En palabras de los autores: “El despertar del sujeto se paga con el reconocimiento del poder como principio de todas las relaciones”, poder que se corporiza en el afán de dominio, convertido en fin último de la vida. Adorno, Theodor y Horkheimer, Max, *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid, Trotta, 1998, p. 64 y 85.

¹⁶ Giannini, Humberto, “En el diálogo de las lenguas. Pensar desde el español”, p. 1045.

¹⁷ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 67.

En Giannini, dicha constatación conlleva todo lo contrario: permitirnos comprender más adecuadamente la situación actual de nuestras sociedades latinoamericanas, de cara a los desafíos de la hora actual. En este sentido, lo que importa destacar ahora es cómo el gesto cubridor queda operando en nuestras sociedades hasta el día de hoy, marcando nuestra experiencia de la temporalidad, dificultando el que las nuestras devengan sociedades históricas y reflexivas.

Según el filósofo, el gesto cubridor, el gesto de fundación de la historia y de la realidad a partir de los pertrechos categoriales del conquistador, ha instalado una experiencia de la temporalidad propia de los pueblos americanos. Esta experiencia sería la de un tiempo “cronicida”¹⁸: un tiempo que, en su pasar, se destruye a sí mismo. Un tiempo que se devora como tiempo, que se niega a ser tiempo. En palabras del autor, esta experiencia cronicida de la temporalidad es un modo “[...] mediante el cual el americano renueva, remueve, destruye todo lo que construye; y a causa del cual jamás acumula ni tiempo ni historia”.¹⁹ Ésta sería la explicación de nuestra constante fascinación por las modas, por situarnos ‘a la altura de los tiempos’. En esto no habría perjuicio alguno, con tal que el afán de novedad hundiera sus raíces en un proyecto que inscribe lo presente y lo por venir, en una relación de reconocimiento del pasado y la tradición. Mas el nuestro es, en palabras de Giannini, un “[...] tiempo que tiene el defecto o la virtud de no acumularse; de no ser, en general, reflexivo”.²⁰ Un tiempo que no vuelve a sí, que en su premura y urgencia se olvida de sí.²¹

De lo dicho, se desprende que la experiencia cronicida del tiempo constituye una suerte de desvío respecto de una experiencia de la temporalidad que fuese más ‘original’ o ‘verdadera’. Rastreando someramente la cuestión en Giannini, aparece efectivamente así. Por paradójico que pueda parecer, el tiempo cronicida –que en tanto pura proyección de futuro no vuelve a sí, devorándose– encuentra su opuesto en un tiempo

¹⁸ Giannini, Humberto, “Humberto Giannini”, p. 159.

¹⁹ *Ibid.*, p. 159-160.

²⁰ *Ibid.*, p. 160.

²¹ A propósito de este tiempo cronicida que no vuelve a sí, que no es reflexivo, conviene recordar brevemente el concepto –central en Giannini– de reflexión, con su doble significación. Por un lado, designa a la ‘reflexión cotidiana’ (en cuyo caso cabe entrecomillar la palabra ‘reflexión’), la que describe el movimiento circular de la vida cotidiana, el cual “[...] es ‘reflexivo’ simplemente porque, ‘a través de otras cosas’, regresa constantemente a un mismo punto de partida (espacial y temporal)”. (Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 17.) Por el otro, reflexión (ahora sin comillas) designa aquel “fenómeno fundamental de la vida psíquica”, que reputamos como una de las más altas conquistas del pensamiento racional (*idem*). Ésta se fundaría en aquella reflexión ‘primera’, en aquel retorno espacial y temporal a sí. La elucidación de este fundarse la reflexión psíquica en la ‘reflexión cotidiana’ es, por cierto, uno de los temas centrales de *La “reflexión” cotidiana*, elucidación que no cabe revisar en el presente artículo.

que deviene real en cuanto se interrumpe y tropieza, obligado a volver sobre sí mismo para devenir tiempo. Es el tiempo que se funda en el contratiempo.

Según el filósofo, contratiempo y reflexión constituyen momentos que se iluminan mutuamente, al punto de ser inapropiado querer entender sus sentidos por separado. La reflexión es un contratiempo, una pérdida en la ruta de nuestros afanes cotidianos. El contratiempo es “[...] lo que nos sale a la ruta y convierte lo obvio de nuestras rutinas mentales, de nuestros planes y proyectos –lo que simplemente damos por descontado– en algo repentinamente lejano, problemático e incierto”.²² Concernidos por nuestros proyectos cotidianos (idebemos ser sagaces en la determinación y cumplimiento de los medios que nos lleven del modo más efectivo a la consecución del fin deseado!), nada puede resultar más inoportuno, nada puede contrariarnos más, que el advenimiento de lo inesperado, de aquello otro que remueve nuestras supuestas seguridades, en las que no nos hemos detenido. En tal sentido, afirma Giannini que “[...] el contratiempo es una revelación negativa que nos muestra que hemos descuidado algún elemento agazapado de la realidad, y que ahora salta al camino y nos obliga a revisar nuestra experiencia del mundo, a enriquecerla e integrarla. Que nos obliga a volver a partir mejor provistos”.²³

Consideradas así las cosas, el detenernos, el demorarnos a reflexionar, a dejarnos interpelar por lo que nos dificulta el paso, es sin duda un predisponernos al tropiezo, a perder el tiempo en su sentido lineal devorador, heracliteano: ese tiempo insolidario, que sólo avanza, incapaz de volver a sí con tal de devenir tiempo. En esta perspectiva, la experiencia cronicida del tiempo encuentra su opuesto en la experiencia de la temporalidad que hunde sus raíces en el contratiempo, en la reflexión.

Ésta infringiría una herida al tiempo lineal, obligándole a volver a sí, a perder el tiempo con tal de que haya tiempo. En tal sentido, la reflexión es sin lugar a dudas uno

²³ Ibid., p. 87-88.

²⁴ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 46.

²⁵ Giannini, Humberto, “Millas: Reflexión y universidad”, p. 88.

²⁶ *Ídem*. Podemos relacionar esta idea del contratiempo como condición de la aprehensión del tiempo real, con uno de los tratamientos del fenómeno de la temporalidad más famosos en la historia del pensamiento occidental: el desarrollado a fines del siglo IV por San Agustín. Sin entrar en los detalles, cabe recalcar que –al menos según lo indica la disposición de los libros de las *Confesiones*–, es el tratamiento de la memoria (Libro IX) el que conduce al pensador cristiano al problema de la temporalidad (Libro X). En otras palabras: sólo después de volver sobre su vida pasada (Libros I al VIII) –manifiesta entrega al contratiempo–, Agustín se detiene en la facultad anímica mediante la cual puede recordar (revalorar, resignificar) los hechos del pasado. No es casual que en el paso del tema de la memoria al de la temporalidad, Agustín concluya que la temporalidad es ante todo un fenómeno del espíritu o del alma (términos que el obispo considera casi sinónimos de memoria). Si el tiempo no es sino la facultad que tenemos de proyectarnos desde el presente hacia el pasado y el futuro, no es temerario afirmar que en Agustín encontramos una intuición al menos parecida a la de Giannini: sólo hay experiencia de un tiempo real, en tanto la temporalidad lineal es interrumpida por el ejercicio reflexivo que se vuelve sobre el pasado, y que desde él es capaz de proyectarse a un futuro. Agustín de Hipona, *Confesiones*. Buenos Aires, Losada, 2005, Libros IX y X.

de esos modos de la existencia humana que Giannini ha denominado “transgresión”: quebrantamiento, violación de la normatividad irreflexiva de la vida cotidiana y de la experiencia de la temporalidad que le viene aparejada; “[...] una especie de *rescate* del tiempo –y de unos seres– perdidos o dispersos en la línea sin regreso de la rutina”.²⁴

Inmersos en el tiempo lineal, en la experiencia cronicida de la temporalidad, el volver sobre nuestros pasos es despiste, fuente de desazón y de quebrantamiento del sentido siempre idéntico del mundo y de nuestros proyectos en él. De aquella experiencia emergemos mediante lo que se nos presenta de modo contrario o adverso, poniendo ante nuestras miradas una exigencia de reflexión, entendida por el autor como aquel “[...] *regreso a sí –pero, algo distinto de sí–, desde lo ajeno*”.²⁵ Giannini afirma que, en oposición a dicha experiencia lineal-cronicida, “[...] el contratiempo es la condición ineludible del tiempo que llamamos real. Si no nos encontrásemos al menos alguna vez con la conciencia contrariada a propósito de lo que urdimos y proyectamos, entonces, ni siquiera habría aprehensión del tiempo”.²⁶

Volviendo a América, cabría afirmar que el gesto cubridor –el gesto fundacional que se prolonga por nuestra historia, como una costumbre que se osifica por su reiteración constante– tiene el rendimiento de dificultar el que nuestras sociedades se constituyan como sociedades históricas y reflexivas. Esto no significa que las naciones americanas carezcan de una ‘historia’, en el sentido de un cúmulo de hechos desperdigados en el tiempo. Significa simple y llanamente que no hemos desarrollado la capacidad de volvernos reflexiva y críticamente sobre estos hechos y que, por el contrario, hemos sabido dar cuenta únicamente de un anhelo de futuro, pero que –sin continuidad respecto del pasado y de la tradición– queda trunco, obligándose a partir siempre de cero, como lo hiciera el conquistador al querer fundar absolutamente su historia en medio de una naturaleza carente de ella. O como lo hiciera Descartes,

queriendo refundar el edificio del conocimiento y de la realidad desde la aprehensión autoevidente del Yo.²⁷

En contraste con esto, Giannini afirma que en una sociedad, la historicidad y la reflexión van necesariamente de la mano; que sólo hay verdadera continuidad en tanto el contratiempo se presenta como engarce, como el gozne entre el pasado y nuestros proyectos futuros. Así entendido, el contratiempo es condición de posibilidad de la continuidad histórica, del reconocimiento de una sociedad como una y la misma a pesar de los avatares de los tiempos.²⁸ Carente de dicho gozne, a todo proyecto de futuro no le cabe sino el ser una *ruptura*, un divorcio respecto del horizonte histórico que le pudiere dar sentido. Esta ruptura constante respecto del pasado y la tradición es, justamente, lo que habría quedado instalado en nuestras sociedades, ávidas de futuro, pero olvidando que, sin una mirada reflexiva sobre el pasado, la posibilidad de futuro no pasa de ser como aquel esfuerzo del célebre Barón de Münchhausen: elevarse sobre el suelo jalando de los propios cabellos.²⁹

Sólo mediante el ejercicio reflexivo que vuelve sobre sí mismo, haciendo del mero cúmulo de hechos historia, es que es posible, según Giannini, la conformación de una identidad, ya sea nacional, social y –por qué no, cabría agregar– americana.³⁰ En sus palabras, “[...] identidad plena es la que se genera en el reencuentro de una generación con la otra; en la exposición de la generación mayor que intenta proponer verdades, valores, usos y costumbres ante una generación que siempre será una sorpresa y un contratiempo como receptora y heredera de aquello que se le entrega”.³¹

Imposibilidad de volvernos reflexivamente sobre nuestros pasos, de constituir y reconocer nuestra identidad en un horizonte histórico amplio: tales serían nuestros rasgos de hombres y mujeres americanos y de nuestras sociedades. O, volviendo a Horkheimer y Adorno: olvido de aquella exigencia de pensar el pensamiento, apurados

²⁷ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 65.

²⁸ Giannini, Humberto, “Millas: Reflexión y universidad”, p. 91.

²⁹ Personaje literario creado por Rudolf Erich Raspe a partir de Karl Friedrich Hieronymus, noble alemán del siglo XVIII, quien se habría hecho famoso por narrar las más extraordinarias hazañas de su vida. Entre las muchas maravillas atribuibles al Barón, cuenta la de haberse sacado de una ciénaga jalando de la coleta de su cabello (o de los cordones de sus zapatos, según las distintas versiones del periplo).

³⁰ *Ibid.*, p. 92.

³¹ *Ibid.*, p. 91.

como estamos en regir la praxis.³² Hecho grave, toda vez que recordamos que, para Giannini, la reflexión es el modo más humano de hacer frente a lo que nos pasa.³³ Tal sería el legado del ‘des-cubrimiento’-cubrimiento y posterior conquista y colonización de nuestro continente por parte de Europa. Legado presente –no está de más insistir en ello– que, lejos de quedar sepultado en los doscientos años de la vida republicana de nuestras naciones, sigue operando como parte de lo que hemos venido a ser. Pues aún liberándose ‘en los hechos’ de los yugos de la Corona española, “[...] las naciones latinoamericanas –indica Giannini–, en la necesidad de ser, de instalarse como entidades reales en el concierto del mundo moderno, no han tenido el tiempo para volverse más atentamente sobre ellas mismas, de realizar este acto colectivo de reflexión [...]. Han improvisado, han imitado, han sido profundamente inestables y expuestas a los modelos ideológicos que vienen impuestos desde fuera. Y así han seguido expuestas a nuevas colonizaciones”.³⁴

3. La educación y las instituciones educacionales como instancias propiciadoras de una sociedad histórica y reflexiva

Hasta aquí, el diagnóstico de Giannini sobre el pasado y la condición actual de nuestras sociedades. A continuación, corresponde revisar la cara propositiva de su idea de América. Lo primero será revisar su apuesta por la educación y las instituciones educacionales, como las instancias idóneas para hacer frente a la ruptura, instalada como constante de nuestro ser americano.

Para encarar adecuadamente la cuestión, conviene volver brevemente a la idea que da comienzo a este estudio: que la filosofía de Giannini puede ser considerada como un

³² Adorno, Theodor y Horkheimer, Max, op. cit., p. 79.

³³ Giannini, Humberto, “Discurso inaugural Congreso ‘Democracia y Filosofía en América Latina y el Caribe’”, p. 23. Bonzi, Patricia y Giannini, Humberto (edit.), *Congreso latinoamericano sobre filosofía y democracia*, Santiago, LOM, 1997, pp. 21-24.

³⁴ Giannini, Humberto, “Millas: Reflexión y universidad”, p. 94.

árbol robusto, plétórico en ramificaciones y hojas, que adquieren su sentido en cuanto relacionadas a un tronco común. Dilucidar la naturaleza de éste –como indiqué en la introducción– no es cuestión del presente texto. Sin embargo, podemos recordar que Acevedo y el propio Giannini nos han dado pistas al respecto. Según Acevedo, el tema central de Giannini sería el de la experiencia común. Nuestro filósofo, por su parte, lo identifica con el de la convivencia humana. Dejando de lado la discusión (la relación o incluso identidad entre convivencia humana y experiencia común, por ejemplo), no cabe duda que adentrarnos en la educación nos acerca al tronco común del pensamiento de Giannini. Con esto no quiero decir que la educación sea una cuestión neurálgica en la obra del autor, al modo de la savia que nutriría el tronco y sus ramificaciones. Pero como él mismo declarara años atrás, “[...] el filósofo siempre termina preocupándose de la educación, como Platón, porque la educación es una parte central de la vida, de la vida en común”.³⁵

Como se desprende de lo ya recorrido –la América cubierta por las categorías del conquistador, debilitada en su capacidad de acumular tiempo– el problema de nuestro continente es justamente no haber podido constituirse como una vida en común, para lo cual es imprescindible la reflexión. Dicha vida o experiencia común sería el lugar en el que convergen –dice Acevedo comentando a Giannini– la tradición y la innovación³⁶, lo pasado y lo nuevo como continuidad. (Incluso la crítica que no olvida su pasado es continuación, en cierto sentido, de él). De esto se sigue la exigencia, lisa y llanamente, de “[...] que América empiece a hablar consigo misma y llegue a reconocerse [...] en una experiencia común”.³⁷

Sobre esta exigencia, la propuesta de Giannini no da pie a ambigüedad alguna: según él, son únicamente la educación y las instituciones educacionales, las instancias apropiadas para lograr el reconocimiento de una sociedad en medio de los avatares de los tiempos.³⁸ Sólo mediante ellas, al parecer, las sociedades latinoamericanas

³⁵ Jaksic, Iván, op. cit., pp. 137-138.

³⁶ Acevedo, Jorge, op. cit., p. 28.

³⁷ Giannini, Humberto, “Experiencia y filosofía (A propósito de la filosofía en Latinoamérica)”, p. 32. *Revista de Filosofía*, vol. XVI, n° 1-2, Santiago, Universidad de Chile, diciembre 1978, pp. 25-32.

encontrarían las condiciones para reparar los estragos del constante cubrimiento de nuestro ser americano. Para el autor, la educación no es un adorno que corone la vida social, al modo de una joya que, por hermosa, no por ello deja de ser un accesorio del que podemos prescindir. La educación no es un lujo de la vida, sino una necesidad de sobrevivencia.³⁹ Por intermedio de la educación –instancia eminentemente reflexiva–, la sociedad no sólo se reflexiona a sí misma, sino que se proyecta al mundo por venir⁴⁰, cuya complejidad es del todo inaprensible para nuestra imaginación y nuestro entendimiento presentes. En palabras de Giannini, “[...] la educación es un bien en sí –no un instrumento– que la sociedad constituida *debe* al individuo. Si nuestra sociedad logra defender este principio de sobrevivencia, tal vez sea posible la pretensión de tener nuestra propia identidad en el mundo ecuménico al que aspiramos incorporararnos”.⁴¹

Enunciada así la cuestión, en términos tan amplios, parece acuciante la pregunta por los contenidos y fines de la educación. Sin una indicación por lo menos somera de éstos, las declaraciones anteriores no pasan de ser meras generalidades, lugares comunes incluso. Respecto de los fines, Giannini ha afirmado que estamos sobrepasados por los medios, que el gran problema de la educación actual en nuestro país y nuestro continente, es que “[...] hay sobredosis de medios en la medida en que no tenemos claros los fines”.⁴² ¿Cuáles serían, según el filósofo, esos fines que hemos olvidado, que hemos confundido, ocupados en la avalancha de los medios? Por el momento, baste aclarar –lo que por cierto es una obviedad– que los medios, como tales, pierden su sentido si se desentienden de los fines respecto de los cuales se definen como medios. La preparación instrumental para el trabajo, para la competencia, para el consumo; la instrucción en las herramientas de última hora (el inglés, la computación); el modelamiento de un ciudadano dócil, adaptable a las situaciones laborales más disímiles, ¿caben ser considerados como medios o como fines?

³⁸ Giannini, Humberto, “Millas: Reflexión y universidad”, p. 93.

³⁹ *Ibid.*, p. 95.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 93.

⁴¹ *Ibid.*, p. 95.

⁴² Águila, Ernesto y Guzmán, Manuel, “Humberto Giannini. Hacia una sociedad reflexiva” (Entrevista), p. 17. *Revista de Educación*, n° 230, Santiago de Chile, diciembre 1995, pp. 17-20.

Giannini ha declarado que es un derecho humano fundamental el conocer al hombre histórico, según la posición a la que ha llegado en la historia.⁴³ ¿Un derecho a perder el tiempo lineal, a vivir el contratiempo? “[...] No sería una pérdida de tiempo –son las palabras del autor– el que nuestra educación se preocupara de entregar una humanidad más amplia [...]”⁴⁴, tarea que a todas luces aparece como un contratiempo respecto del tiempo lineal, propicio para el consumo y la competencia. Humanidad más amplia: expresión que puede sonar vacía –grandilocuente, pomposa–, si olvidamos que el ser humano es el ser que se define por su capacidad de comunicarse con los suyos, de hacer comunicable y común su experiencia de las cosas. Así, si “no somos átomos, sino seres ligados específicamente [...] el individuo [...] se educa [...] para su relación específica con los seres humanos inmediatos, con sus conciudadanos”.⁴⁵ En tal sentido, conocer los frutos del hacer humano en la historia, puede ayudarnos a recordar que son hombres históricos –de carne y hueso, como mi prójimo, el cual es siempre un prójimo concreto que me reclama un modo específico de relación con él– los que han constituido el mundo tal cual lo conocemos, actuamos e interactuamos en él.

Baste lo anterior como un rápido bosquejo de los fines de la educación para Giannini. Sobre los contenidos, resulta claro que se definen en cuanto vehículos adecuados de aquéllos. Si uno de los fines es promover una humanidad más plena –como condición de un trato idóneo con los seres humanos inmediatos con los que compartimos el espacio de la convivencia–, de ahí se deriva una clara decisión a favor de una educación ‘humanista’. No es que el progreso material y el desarrollo científico y tecnológico carezcan de importancia para la vida actual. Sin embargo, Giannini ve que el desarrollo de las ciencias y de las humanidades se encausan por caminos distintos: que no es lo mismo hacer ciencia que hacer de la conciencia un momento de vuelta sobre sí, de reflexión. “Hacer ciencia –en sus palabras– es un saber en línea recta, y no es reflexivo

⁴³ Jaksic, Iván, op. cit., p. 137.

⁴⁴ *Ídem*.

⁴⁵ Águila, Ernesto y Guzmán, Manuel, op. cit., p. 20.

porque no vuelve sobre sí mismo. [...] La conciencia la veo en actividades muy distintas a las científicas. En la literatura, por ejemplo, cuando uno lee a autores chilenos, se está representando a sí mismo y los problemas del propio país”.⁴⁶

De ahí la necesidad de volvernos a las humanidades –ellas ya son de por sí una vuelta reflexiva, un modo de retornar a sí con el fin de sopesar lo dado–, para poder reconocernos en nuestra tradición, y hacer que las nuestras devengan sociedades históricas y reflexivas.⁴⁷

De lo anterior se desprende –casi como una obviedad, como un corolario– la importancia decisiva que tienen las instituciones educacionales en la conformación del carácter reflexivo de las sociedades latinoamericanas, conformación mediante la cual poder contrarrestar los rendimientos negativos del cubrimiento. Sobre el asunto, Giannini ha esgrimido una fuerte crítica a las implicancias educacionales que tiene la entronización del modelo neoliberal en Chile y –por extensión– en las naciones del continente, a partir de fines de la década del 70. Nada tan claro al respecto, como afirmar que estamos “[...] muy mal por la política de liberalismo total, aplicado también a la educación. Que el problema salte con la educación me parece casi natural”.⁴⁸ La crítica a la educación privatizada no espera a hacerse escuchar: ésta, según el filósofo, es una de las mayores trabas para la convivencia democrática y la identidad nacional.⁴⁹ La educación privatizada, al ponerse al servicio de grupos económicos y sus intereses privados –y no al servicio de nuestra convivencia– atentaría contra la condición humana misma, al hacernos creer que, como seres de competencia, somos autosuficientes, aislados, ligados de un modo meramente accidental con nuestros prójimos.⁵⁰ De ahí, quizá, que nos encontremos abrumados por la sobreabundancia de los medios que, como los árboles que nos imposibilitan la visión del bosque, nos ocultan los fines.

⁴⁶ Ibid., pp. 17-18.

⁴⁷ Ibid., 18.

⁴⁸ Ibid., p. 20.

⁴⁹ Ibid., p. 18.

⁵⁰ Ibid., p. 20.

Sobre las instituciones educacionales, cabe detenerse, por último, en el papel que compete a las universidades en la conformación del carácter reflexivo e histórico de una sociedad. Siguiendo muy de cerca a Jorge Millas⁵¹, Giannini parece defender la centralidad de la universidad respecto de los niveles primario y secundario de la enseñanza formal. En sus palabras, “[...] ni siquiera es imaginable la identidad social sin una vida reflexiva común, cuya cúspide reside en la vida universitaria, abierta a la comprensión de lo común y de lo universal”.⁵² El otorgar tal centralidad a la institución de enseñanza superior, reposa en la idea de que es ella –como lugar eminentemente reflexivo, cuyos baluartes deben ser el cultivo de la actitud crítica y de la comprensión racional–, y no la escuela o la familia, por ejemplo, el lugar idóneo para pensar la vida de la polis, de la vida común.⁵³

En este sentido, es sumamente esclarecedor el nombre del artículo que ha iluminado estas últimas consideraciones: “Millas: reflexión y universidad”. En dicho rótulo, se evidencia la convicción –que fuera nuclear en Millas– de que el sentido de la vida universitaria reposa en la posibilidad de ser una instancia reflexiva, con todos los ‘riesgos’ que ello conlleva: ser la instancia del contratiempo, de la pérdida de ese tiempo lineal en el que confiados caminamos día a día. Asimismo, el carácter reflexivo de la sociedad, parece depender de la existencia de una institución –la universidad– que la saque del tiempo rutinario, en el que no reparamos en el sentido de nuestros proyectos.

Aunque Giannini no se refiere expresamente a ella, aquí parece hacer eco la tesis de Millas sobre la universidad: en tanto instancia que eleva como máximo valor la reflexión y la capacidad de crítica y de integración racional de la experiencia, la universidad no es ni debe ser el reflejo, sino la norma de su sociedad.⁵⁴ Una vez más, vuelve a aparecer la crítica a la privatización de las instituciones de educación: si la universidad deviene una empresa más entre otras, parece difícil el que pueda mantener el espíritu

⁵¹ Por ejemplo Millas, Jorge, *El desafío espiritual de la sociedad de masas*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1962, Capítulo VII, y del mismo autor, *Idea y defensa de la universidad*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico/CPU, 1981.

⁵² Giannini, Humberto, “Millas: Reflexión y universidad”, p. 92.

⁵³ *Ibid.*, p. 91.

⁵⁴ Millas, Jorge, *Idea y defensa de la universidad*, p. 73 s.

⁵⁵ Giannini, Humberto, "Humberto Giannini", p. 286. Sobre la discusión entre Augusto Salazar-Bondy y Leopoldo Zea, véanse Salazar-Bondy, Augusto, *¿Existe una filosofía de nuestra América?* 13ª edición, México D.F./ Madrid, Siglo XXI, 1988, y Zea, Leopoldo, *La filosofía americana como filosofía sin más*. 13ª edición, México D.F./ Madrid, Siglo XXI, 1989, cuyas primeras ediciones corresponden a 1968 y 1969, respectivamente. Sobre la versión local del debate, ésta tuvo lugar en la *Revista de Filosofía* de la Universidad de Chile, durante los años 1978-1980. La misma se gatilló con la respuesta de Giannini (Giannini, Humberto, "Experiencia y filosofía (A propósito de la filosofía en Latinoamérica)") a una entrevista a Barceló publicada por *El Mercurio* de Santiago ("Los filósofos chilenos". *El Mercurio*, Santiago de Chile, 16 de Octubre de 1977, pp. 6-7. Lamentablemente, no hemos podido consultar dicha entrevista, pues entendemos que la misma se ha extraviado de los archivos de la Biblioteca Nacional). Ahí Giannini llama críticamente la atención sobre las consecuencias que se siguen de las declaraciones de Barceló: en América, habríamos de conformarnos con ser profesores-repetidores de filosofía, pero jamás sujetos filósofos. Ante esto, Barceló respondió con un texto que pretendía salvar las ambigüedades en que habría caído anteriormente, dado el carácter informativo y breve de la entrevista anterior (Barceló, Joaquín, "Tradicionalismo y filosofía". *Revista de Filosofía*, vol. XVII, n° 1, Santiago de Chile, Universidad de Chile, junio 1979, pp. 7-18). Giannini decidió darle una última estocada al asunto al año siguiente, re-enfatizando su desacuerdo con la postura de Barceló, desacuerdo que no se veía modificado por la revisión que el propio Barceló hiciera de su posición (Giannini, Humberto, "Lego ut intelligam". *Revista de Filosofía*, vol. XVIII, n° 1, Santiago de Chile, Universidad de Chile, diciembre 1980, pp. 29-34), después de lo cual se hizo la calma —o advino el silencio, al menos. (Para un comentario esclarecedor del asunto, véase Sánchez, Cecilia, *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*. Santiago de Chile, CERC-CESOC/ LOM, 1992, pp. 142-155). Siete años después, Giannini retoma muy sucintamente la pregunta por la posibilidad de hacer filosofía en nuestro continente, pero sin referir —en lo explícito al menos— a J. Barceló, y en una actitud de abierto rechazo a la pregunta misma (Giannini, Humberto, "Humberto Giannini", p. 286).

'desinteresado', libre y autónomo que requiere para ser el momento en el que la sociedad se vuelve reflexivamente sobre sí misma, momento por el que nuestras sociedades latinoamericanas podrían hacer frente a nuestra tendencia a refundarnos constantemente, desde un punto de partida desarraigado del pasado y la tradición.

4. La posibilidad de la filosofía en América Latina

Con la apuesta por la educación y las instituciones educacionales —las cuales habrían de reparar nuestra arraigada tendencia por lo discontinuo y la ruptura, instalada como modo de ser y de experimentar la temporalidad, fruto del cubrimiento de nuestro continente—, pareciera estar completado este pequeño esbozo de la idea de América de Humberto Giannini. Ante esto, pudiere parecer forzado dedicar un último momento a la tan manida discusión sobre la posibilidad o imposibilidad de una filosofía propia del continente. Como es sabido, el debate tiene una larga historia en América Latina, siendo uno de sus ejemplos ilustres la polémica que a fines de los 60 mantuvieron Augusto Salazar Bondy y Leopoldo Zea. En Chile, contamos con una versión del litigio, encarnada en las figuras de Joaquín Barceló y Giannini, entre los años 78 y 80. Aquí no cabe detenerse en los pormenores del mismo, sobre todo considerando que unos años más tarde, en 1987, Giannini declarara que la discusión sobre la posibilidad de una filosofía propia latinoamericana le parecía desdeñable por narcisista, "estéril e insignificante".⁵⁵

Cabe, sin embargo, detenerse brevemente en la idea de filosofía del autor —y en la posibilidad de que ella se arraigue en América Latina—, por cuanto me parece que de ella se derivan una serie de oportunidades y exigencias respecto de la eventual conquista del carácter histórico y reflexivo de una sociedad y, en lo que aquí interesa, de las sociedades

latinoamericanas. Por el momento, corresponde indicar un hecho que salta a la vista de quien se enfrenta a las obras de Giannini: su constante referencia a la naturaleza de la actividad filosófica y de la labor del filósofo. Por cierto que este reflexionar sobre la índole de la filosofía es una constante en la historia del pensamiento filosófico. Esto sirve de índice, por el momento, del carácter altamente reflexivo de esta actividad: ese regreso a sí, ese contratiempo que comparece como condición de la aprehensión del tiempo real –como si el filósofo, para ser tal, tuviese que estar constantemente a tropezones con su propia actividad, revisándola, desarmándola y volviéndola a armar.

Giannini piensa a la filosofía como la actividad reflexiva que en su radicalidad conlleva la pretensión de erigirse como un pensamiento universal: pensamiento que pueda interpelar a todo ser humano, independiente de las coordenadas históricas y geográficas en que se encuentra. Para que dicha universalidad sea real, es necesario que sea construida, no desde alguna perspectiva reputada como privilegiada (la Grecia antigua, la Alemania moderna, por ejemplo), sino desde las distintas experiencias históricas y geográficas en las que el ser humano se manifiesta. Es en este sentido que ha afirmado que “[...] defender la propia lengua, el propio modo desde el cual se piensa, significa defender, al mismo tiempo, la universalidad del pensamiento filosófico, esto es, su decibilidad desde otras lenguas distintas a la mía”.⁵⁶

Bajo esta perspectiva, resulta plausible sostener que, de acuerdo con Giannini, en la disyuntiva entre tener o no tener (o entre hacer o no hacer) filosofía, estaría en juego una de las posibilidades de que una sociedad devenga histórica y reflexiva. Si la actividad filosófica es ante todo como aquel “[...] tábano [...] para el pensamiento pensado y no pensante”⁵⁷, no parece injustificado el suponer que ella se erige –junto con la educación– como una de las instancias de contratiempo y reflexión más necesarias para desandar aquel tiempo lineal, herencia de nuestro cubrimiento, en el que no reparamos en

⁵⁶ Giannini, Humberto, “En el diálogo de las lenguas. Pensar desde el español”, p. 1044.

⁵⁷ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 80.

el sentido de nuestros pensamientos y de nuestros actos. Por lo que respecta a nuestro continente, el autor ha afirmado tener “[...] la convicción de que la experiencia latinoamericana de la historia, de la naturaleza, del otro, es una experiencia que importa esencialmente a la reflexión filosófica”.⁵⁸ Esta experiencia abriría zonas que han quedado ocultas por la tradición filosófica europea. Así, ya no sería privilegio exclusivo de ésta el plantear los problemas o las perspectivas teóricas en filosofía.⁵⁹ Esto no supone oponer nuestro pensamiento o nuestras perspectivas a las de la tradición occidental –como si sólo una fuese válida–, sino simple y llanamente reconocer que nosotros también somos protagonistas del drama humano, al mismo nivel que lo han sido otros pueblos, pero desde un lugar y una perspectiva que sólo pueden ser nuestras.⁶⁰

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones de posibilidad para que haya filosofía en nuestro continente? En primer lugar, Giannini llama la atención sobre uno de los escollos con que se topa una aproximación apresurada al problema: el de creer que sólo habrá filosofía si somos ‘originales’ y ‘creativos’ en la elaboración de los conceptos, en la formulación de los problemas y en las tentativas de respuesta. Nuestro autor pone en entredicho la disyuntiva entre ser creador y ser receptor de filosofía.⁶¹ La misma recepción es ya un gesto activo, creativo, siempre y cuando constituya un momento por el que dejo medir mi ser y mis pensamientos con los pensamientos de una tradición, bajo una perspectiva –una pregunta, un ir detrás de las respuestas– que sólo puede ser la mía, pero que en tanto comunicable (traducible, por ejemplo a otras lenguas, a otras experiencias de vida) se hace común y, por tanto, universalizable.⁶² Asimismo, el momento creativo no es nunca un empezar de cero –como lo quisieran un Descartes, un Kant, un Husserl. El empezar, de hecho, requiere como tal de un suelo sobre el cual posarse, un punto de apoyo para poder ser, justamente, un punto de arranque: y éste es siempre la tradición que el pensador encuentra a mano.⁶³

⁵⁸ Giannini, Humberto, “Discurso inaugural Congreso ‘Democracia y Filosofía en América Latina y el Caribe’”, p. 23.

⁵⁹ *Ídem*.

⁶⁰ Machado, Mabel, “‘Me convertí en un optimista’, Entrevista con Humberto Giannini, Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales de Chile”, Entrevista con ocasión de la Feria del Libro de la Habana. *La Jiribilla, Revista de cultura cubana*, año VII, La Habana, 14 al 20 de febrero 2009. En http://www.lajiribilla.co.cu/2009/n406_02/406_227.html [marzo 2010].

⁶¹ Giannini, Humberto, “Experiencia y filosofía (A propósito de la filosofía en Latinoamérica)”, p. 30.

⁶² Giannini, Humberto, *El mito de la autenticidad*, p. 17.

⁶³ *Ídem*.

Superando la oposición entre la recepción y la creación, Giannini afirma que el acontecimiento propiamente filosófico, es aquel en el que una vida testimonia en relación con la tradición filosófica.⁶⁴ Esta idea del testimoniar puede ser iluminada desde otras intuiciones del autor, como la que guarda relación con el carácter autobiográfico de la labor del filósofo⁶⁵, o la que indica que cada pensador debe replantearse toda la filosofía *da capo*.⁶⁶

Esta última exigencia –replantearse toda la filosofía *da capo*– es una labor imposible si la entendemos como un someter al propio escrutinio todos y cada uno de los momentos de la historia de la filosofía, como un avalar por propia experiencia cada uno de los supuestos, de las preguntas y de las respuestas que han esbozado los autores de alguna tradición de pensamiento. Y aun cuando fuese posible, no queda claro en dónde residiría la utilidad de una labor tal. Pues si lo que anima la labor filosófica es ante todo el intento de dar solución a las preguntas⁶⁷ que sólo pueden surgir de nuestro trato con la realidad, ¿qué sacamos poniendo bajo nuestra mirada todas las preguntas de una tradición, que pueden no ser las que motivan nuestra propia reflexión? Bien entendida, la exigencia de replantearse toda la filosofía *da capo* significa, en palabras de Giannini, “[...] repensar las cosas que ya otros filósofos han pensado –como si dijésemos: repasarlas bajo una mirada alerta– y medir aquellos pensamientos con los nuestros, con nuestros anhelos y desde una perspectiva que no puede ser sino la nuestra”.⁶⁸

Este repasar bajo nuestra propia mirada lo ya pensado por los filósofos precedentes, es traducible a esa otra idea del carácter autobiográfico o diarístico de la filosofía. Ya se han hecho célebres aquellas palabras con que Giannini comenzara uno de sus libros más conocidos, esas que indican que “[...] la filosofía, si quiere conservar su seriedad vital, sus referencias concretas, no debe desterrar completamente de sus consideraciones el modo en que el filósofo viene a encontrarse implicado y complicado en aquello que explica”.⁶⁹

⁶⁴ Giannini, Humberto, “Humberto Giannini”, p. 285.

⁶⁵ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 17.

⁶⁶ Giannini, Humberto, *El mito de la autenticidad*, p. 16-17.

⁶⁷ Giannini, Humberto, “Lego ut intelligam”, p. 32.

⁶⁸ Giannini, Humberto, *El mito de la autenticidad*, p. 17.

⁶⁹ Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, p. 17.

La seriedad, la responsabilidad del filósofo radicarían, al parecer, en que lo pensado guarde una relación viva, dinámica –no meramente formal, no meramente especulativa– con la vida real y concreta del pensador. El testimonio se distancia del afán de erudición y de pulcritud que, si bien importantes, no dejan de ser herramientas en el momento de la reflexión. Así, testimoniar equivale al esfuerzo de hacer que tal o cual filosofía, tal o cual principio o doctrina, iluminen nuestras vidas, las cuales siempre tienen una raigambre histórica y cultural –un lugar desde– del que no podemos ni debemos desentendernos.

Giannini ha afirmado que en nuestro país hay filósofos pero no filosofía⁷⁰, queriendo dar a entender que, si bien ha habido grandes esfuerzos personales por entablar una relación viva, testimonial con el pensamiento filosófico, éstos no han encontrado eco en una tradición propia. Vale decir, que no se han inscrito en un ambiente propicio de discusión y diálogo, de contratiempo. “[...] [E]n Chile –dice Giannini– la filosofía muere con quien la piensa”⁷¹, lo cual la obliga a tener que ‘renacer’ con cada pensador. ¿No se reproduce aquí, una vez más, aquel gesto fundacional que marcaría nuestra experiencia de la temporalidad: aquella dificultad de volvernos reflexivamente sobre nuestros pasos, y la manía consiguiente de ir siempre tras la huella de las modas y de la novedad? Este obstáculo para conformarnos como una sociedad histórica y reflexiva parece reforzarse, asimismo, con esa nuestra tendencia –generalizada, pero de la que Giannini y otros pensadores y pensadoras chilenos constituyen una notable excepción– a concebir la tradición filosófica (europea, por ejemplo) como alteridad, como algo que repetimos y enseñamos, pero que jamás asumimos como nuestro.⁷² Es la tendencia a concebir la historia de la filosofía como algo venerable, pero ante lo cual no nos atrevemos a entablar una relación viva, un diálogo.⁷³

⁷⁰ Machado, Mabel, op. cit.

⁷¹ Jaksic, Iván, op. cit., p. 140.

⁷² Sánchez, Cecilia, op. cit., p. 147.

⁷³ Esta última idea corresponde a un texto aún inédito de Santos Herceg, José, “Democrática, Crítica, Viva, Arraigada, Actual, Provocadora, Dialógica. La idea de filosofía tras la *Breve historia de la filosofía* de Humberto Giannini”.

Asumida la posibilidad de que el cultivo de la filosofía nos ayude en la conquista del carácter histórico y reflexivo de nuestras sociedades latinoamericanas, parece evidente la necesidad de replantearse los modos en que producimos y reproducimos filosofía. Giannini ha insistido en la necesidad de de-formalizar el estudio de la disciplina⁷⁴, con el fin de que, más que ser la repetición de las doctrinas de los grandes autores, sea un verdadero encuentro con los problemas que ellos han pensado. Asimismo, ha criticado abiertamente el ensimismamiento que ha caracterizado al cultivo de la filosofía en nuestro país. A este respecto, es sumamente iluminador el llamado que hiciera en 1980, a que la *Revista de Filosofía* de la Universidad de Chile se abriese a “[...] todo discurso serio que hable de ‘la realidad’ para mostrarla en algún aspecto desconocido u olvidado”: los aportes de las ciencias, de la historia, de la sociología, del estudio del folklor, de la crítica literaria y artística, con el fin de poder “[...] vivir entre los problemas que debiera enfrentar”.⁷⁵

Sentado lo anterior, la posibilidad de que, como latinoamericanos, nos constituamos en sujetos filosofantes –y, por su intermedio, en sujetos reflexivos que asumen la temporalidad como conquista del propio ser, no como pérdida– depende, según Giannini, de un solo requisito. En sus palabras: “Hay una condición previa para que se produzca una auténtica y continua reflexión en Latinoamérica y ésta es que América empiece a hablar consigo misma y llegue a reconocerse [...] en una experiencia común”.⁷⁶ Para esto, lo único que necesitamos –no poco, por cierto– es el valor, el riesgo de asumir el contratiempo, riesgo sin el cual continuaremos reproduciendo la ruptura que instalara el cubrimiento de nuestro ser americano –la ruptura respecto de la tradición y de nosotros mismos– nublando nuestra mirada hacia el futuro, por nuestra incapacidad de volvernos reflexivamente sobre nuestro pasado y nuestra situación actual.

⁷⁴ Jaksic, Iván, op. cit., p. 135.

⁷⁵ Giannini, Humberto, “Logoutintelligam”, p. 34.

⁷⁶ Giannini, Humberto, “Experiencia y filosofía (A propósito de la filosofía en Latinoamérica)”, p. 32.

Bibliografía

- Agustín de Hipona (Santo), *Confesiones*. Buenos Aires, Losada, 2005.
- Acevedo, Jorge, "Una aproximación al pensamiento de Humberto Giannini". *Revista Chilena de Humanidades*, n° 10, 1988, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1988, pp. 23-37.
- Águila, Ernesto y Guzmán, Manuel, "Humberto Giannini. Hacia una sociedad reflexiva" (Entrevista). *Revista de Educación*, n° 230, Santiago de Chile, diciembre 1995, pp. 17-20.
- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max, *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid, Trotta, 1998.
- Barceló, Joaquín, "Tradicionalismo y filosofía". *Revista de Filosofía*, vol. XVII, n° 1, Santiago de Chile, Universidad de Chile, junio 1979, pp. 7-18.
- Giannini, Humberto, "Discurso inaugural Congreso 'Democracia y Filosofía en América Latina y el Caribe'", Bonzi, Patricia y Giannini, Humberto (edit.), *Congreso latinoamericano sobre filosofía y democracia*, Santiago, LOM, 1997, pp. 21-24.
- *El mito de la autenticidad*. Santiago de Chile, Universitaria, 1968.
- "En el diálogo de las lenguas. Pensar desde el español". *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, CLXXXIV 734, Madrid, noviembre-diciembre 2008, pp. 1041-1046.
- "Experiencia y filosofía (A propósito de la filosofía en Latinoamérica)". *Revista de Filosofía*, vol. XVI, n° 1-2, Santiago, Universidad de Chile, diciembre 1978, pp. 25-32.
- "Humberto Giannini", [Corresponde a las respuestas de H. Giannini a un cuestionario, también contestado por otros prominentes intelectuales chilenos], Godoy Urzúa, Hernán (Coord.), *Chile en el ámbito de la cultura occidental*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Bancarios Guillermo Subercaseaux/ Andrés Bello, 1987, pp. 42-48, 158-160, 209, 285-286.
- *La "reflexión" cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. 6ª edición, Santiago de Chile, Universitaria, 2004.
- "Lego ut intelligam". *Revista de Filosofía*, vol. XVIII, n° 1, Santiago de Chile, Universidad de Chile, diciembre 1980, pp. 29-34.
- "Millas: Reflexión y universidad". *Revista de Ciencias Sociales*, n° 49-50 (volumen homenaje a Jorge Millas), Valparaíso, Universidad de Valparaíso, 2005.

- Jaksic, Iván, "Humberto Giannini", "La vocación filosófica en Chile. Entrevistas a Juan Rivano, Humberto Giannini, Gastón Gómez Lasas y Juan de Dios Vial Larrain". *Anales de la Universidad de Chile*, Sexta Serie, n° 3, Santiago, septiembre 1996, pp. 129-141.
- Machado, Mabel, "'Me convertí en un optimista', Entrevista con Humberto Giannini, Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales de Chile, Entrevista con ocasión de la Feria del Libro de la Habana. *La Jiribilla, Revista de cultura cubana*, año VII, La Habana, 14 al 20 de febrero 2009. En http://www.lajiribilla.co.cu/2009/n406_02/406_227.html[marzo 2010].
- Millas, Jorge: *El desafío espiritual de la sociedad de masas*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1962.
- *Idea y defensa de la universidad*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico/ CPU, 1981.
- Salazar-Bondy, Augusto, *¿Existe una filosofía de nuestra América?* 13ª edición, México D.F/ Madrid, Siglo XXI, 1988.
- Sánchez, Cecilia, *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*. Santiago de Chile, CERC-CESOC/ LOM, 1992.
- Santos Herceg, José, "Democrática, Crítica, Viva, Arraigada, Actual, Provocadora, Dialógica. La idea de filosofía tras la *Breve historia de la filosofía* de Humberto Giannini", texto inédito.
- Zea, Leopoldo, *La filosofía americana como filosofía sin más*. 13ª edición, México D.F, Madrid, Siglo XXI, 1989.